

F

Lengua y raza como pilares de la identidad en Sarmiento

Vanesa Miserés

Vanderbilt University

Para comenzar, es preciso señalar que el concepto de raza y el de lengua han tenido vital importancia en primer lugar, en la constitución del Imperio español y más tarde en la declaración de la independencia de Latinoamérica. Respecto de este¹ momento, tras el desmembramiento político de España, se inicia el proceso de fundación de los estados latinoamericanos, el cual coincide con el de la búsqueda de una autonomía literaria en el

CÉFIRO JOURNAL

continente, literatura desde la que se intenta sentar las bases culturales de las naciones “en torno de una compleja topología de contaminación y pureza” (Ramos, *Paradojas* 23). En este momento el miedo al contacto racial se enuncia también en términos lingüísticos, la diferencia se plantea tanto respecto de la idea de raza como de la de lengua como patológica, como socavante de los fundamentos sobre los cuales debía constituirse la nación: pureza en ambos aspectos, constituidos como pilares de la construcción de las nuevas naciones latinoamericanas.

El trabajo de Sarmiento *Conflicto y armonías de las razas en América* se establece dentro de estas coordenadas del pensamiento latinoamericano y surge a finales de su trayectoria como escritor e intelectual. Luego de numerosas discusiones en torno al problema de la identidad de América, de las cuales haré referencia a aquellas ubicadas en el período del exilio del autor en Chile y que toman como parámetro la discusión sobre el español del continente, reafirmando las ideas de unidad de raza y de lengua en el centro de la constitución de la identidad y de la discusión intelectual.

Conflicto y armonías de las razas en América enuncia el conflicto racial como el causante de que América, y Argentina principalmente, no consigan dilucidar su ser nacional, su identidad. La misma idea de conflicto y armonía se puede trasladar a la discusión en torno a la lengua, que tiene lugar durante un período anterior en el que Sarmiento le dedica parte de su atención como intelectual. Esto acontece principalmente a partir de la disputa que mantiene con Andrés Bello en la década del cuarenta del siglo XIX, la cual desencadena en las polémicas literarias tales como “La cuestión literaria” y “Ejercicios populares de la lengua castellana” entre otras que se publicaron en los diarios chilenos. En este punto, la cuestión de la lengua se presenta como reflejo de esa heterogeneidad y mezcla racial que se constituía como elemento social peligroso.

La idea que cobra desarrollo entonces es la de que el mestizaje no se produjo sólo en términos de sangre y raza, sino que se dio también en el ámbito ideológico y cultural, factores contenidos en la lengua.

La reflexión en torno a esta última también puede leerse como la búsqueda de una categoría a partir de la cual establecer un orden, un sistema para Latinoamérica -la gramática. Las discusiones que se presentan sobre la cuestión del debate acerca de si es o no el pueblo el que determina la lengua de una región o de la pertinencia de la creación de tal normativa lingüística: La gramática se le presenta a la lengua como las teorías positivistas lo hacen para con la raza: como intentos de clasificar, normativizar, para luego corregir.

La lengua entre conflicto y armonías

Como en parte ya enunciaba, las ideas de Sarmiento en torno al problema de la lengua y el uso del español en América, son manifestadas a partir de su estadía en Chile y de su diálogo en tensión con Andrés Bello, quien en 1847 publica la primer *Gramática de la Lengua Castellana para uso de los americanos*. Con esta publicación Bello sentaba la discusión sobre la escisión que existe entre una lengua y su uso, a partir de lo cual percibió que la cultura intelectual de ese momento y las circunstancias sociales reclamaban una obra que se constituya como resistencia ante la amenazante pérdida de unidad lingüística en el continente, que acabaría con la desestabilización de las instituciones públicas. La gramática se enuncia como elemento normativo, destinado a preservar “la lengua de nuestros padres”, en un “vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes” (Bello 26). Sarmiento se coloca frente a esta cuestión –principalmente en oposición al discípulo de Bello, el educador José María Núñez y la publicación de los *Ejercicios populares de la lengua castellana* en el año 1842- y enuncia, contrariamente, que es absurda la imposición de una gramática fija, reglada, cuando es el pueblo y en el uso, donde de la lengua se crea, donde se constituye lo propio de ésta y se separa al pueblo americano del español. Sarmiento toma una postura a favor de una expresión romántica del pensamiento y en contra de la gramática.

Sin embargo, para Bello la gramática se enuncia como la vía normativa capaz de organizar bajo la idea “virtual” de totalidad, la heterogénea expresión lingüística de los americanos. Era además, dentro del proyecto de organización y consolidación de los estados nacionales, una forma de inscribir a éstos dentro de la idea de modernidad, concebida para el intelectual bajo los parámetros del orden, el progreso y la homogeneidad.

En Bello el discurso gramatical se erige en respuesta a un terror específico: la monstruosidad, para el intelectual ilustrado, de la dispersión y fragmentación acarreadas por el uso popular de la lengua [. . .] La metáfora de la lengua como “cuerpo viviente”, de la estructura como subordinación de los “órganos” particulares en función de la “uniformidad” del todo, es uno de los principios organizadores de la reflexión lingüística en Bello. La metáfora del cuerpo, a su vez desencadena cierta analogía higiénica o terapéutica, que establece una equivalencia entre la normatividad lingüística provista por el discurso gramatical y la salud de ese cuerpo que confronta la amenaza de una enfermedad o corrupción. (*Paradojas* 11-12)

Este enunciado de Julio Ramos establece además los ejes principales bajo los cuales los intelectuales del siglo diecinueve articularon su pensamiento respecto de la idea de raza, lengua e identidad. La metáfora corporal se erigió como la justificación del rol del

CÉFIRO JOURNAL

intelectual como “médico” que debe curar al “pueblo enfermo”, enfermedad manifiesta entonces en su modo de hablar, de pensar y en sus hábitos de vida, lo cual analizaré en el apartado referido a *Conflicto y armonías*.

Ahora bien, desde su posición Sarmiento establece que:

La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro, se le enseñará a conocer como se dice, pero ya se guardará muy bien de decir como le enseñan; el hábito y el ejemplo podrán siempre más [. . .] La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones [. . .] *El torrente los empuja* y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿que se ha de hacer? Todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohínos, la agregan y que no hay remedio, y *¡el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo!* (*Polémicas* 64; el subrayado es mío)

Como he señalado, Sarmiento se ubica contra la idea de la funcionalidad de la gramática para la articulación de la lengua de un pueblo, ya que éste posee una fuerza del orden de lo “natural” que se impone casi “bárbaramente” sobre toda limitación de la “ley” y es eso lo que triunfa sobre la regla, sobre lo institucionalizado. Es decir, ya se enuncian aquí las mismas ideas de barbarie, corrupción y adulteración que luego utilizará para referirse a las razas en América. Sin embargo, estas características que según el autor posee el pueblo americano, son utilizadas aquí bajo un ejercicio retórico—característico de la escritura sarmientina— que sólo intenta postularse en contra del discurso legitimado institucionalmente de Andrés Bello.

Sarmiento en este punto trataba de legitimar el discurso propio a través de una construcción literaria que rescate las raíces populares de una lengua, en la cual encuentra la única base sobre la cual es posible sentar la “originalidad” o la diferencia del español de América respecto del de España, por lo tanto de la identidad americana respecto de la identidad de los conquistadores. Por esto mismo afirma:

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuerza de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, sólo servirá para que el pesado y monótono

estilo anticuado no deje arrebatarse de un arranque sólo de calor y patriotismo ... Nosotros creemos en el *progreso*, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás, y buscar en un siglo pasado los modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, expresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de regeneración social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación y a la revolución. (*Polémicas* 119)

De esta manera se afirma que la lengua es expresión del pueblo, por lo tanto irá variando de acuerdo a los cambios que éste presente en un movimiento que se piensa todavía hacia el progreso –ya veremos luego cómo señala el estancamiento casi insalvable en su obra posterior. La lengua del imperio español bajo esta perspectiva se considera entonces reflejo del atraso y del estancamiento –parámetros bajo los cuales también define a la raza continuando con esta misma idea de que la lengua es expresión de las ideas y la falta de ideas está a su vez vinculada a la determinación racial- de los cuales América debe escapar a partir de su propia expresión de esa lengua. La literatura es llamada también a la misma “misión”:

[. . .] no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea*, sino una literatura hija de la experiencia y la historia . . . literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que constituimos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos. (*Polémicas* 115-16)

Sin embargo, en otro giro retórico de su discurso, argumenta que hay naciones a las que “nos vemos forzados a imitar” por el hecho de que, como Francia por ejemplo, han enriquecido sus lenguas con incorporaciones de otras mientras que “nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua” (*Polémicas* 116). De este modo Sarmiento se inscribe en lo que Sarlo denomina “paradoja romántica”, y que “marca el comienzo de la llamada ‘literatura nacional’: ella debía expresar el suelo, la naturaleza, las costumbres y, al mismo tiempo, liberarse del español por el camino de las lenguas y las literaturas del resto de Europa” (269).² La idea de imitación de las naciones a las que se considera “superiores”

CÉFIRO JOURNAL

frente a otras –España principalmente- recorre todo el pensamiento de Sarmiento ya desde su intento de analizar la realidad americana bajo parámetros de teorías europeas, ya desde sus citas (apócrifas a veces) a intelectuales legitimadores de su escritura -europeos también-, o desde su idea de fomentar la inmigración del sector anglosajón hacia nuestro territorio para la “mejora” de la nación.

Pasemos ahora al análisis de la obra posterior a estas polémicas en donde la idea de raza se articula bajo una perspectiva sarmientina similar, pero que señala algunos fracasos de sus postulados primeros, para luego intentar establecer algunas vinculaciones en torno al pensamiento de las categorías de raza y lengua como pilares para la identidad nacional.

Conflicto y armonía de las razas en América

En este texto de 1882, cuatro décadas después de las polémicas desde el exilio, Sarmiento continúa con el desarrollo de algunas ideas ya esbozadas en *Facundo* pero ahora desde una etapa más definitiva de su pensamiento. De una época influenciada por el Romanticismo pasamos a una articulada por las ideas de Spencer y del evolucionismo darwiniano: la influencia de la tierra y de la geografía es desplazada por la raza como eje de explicación de la experiencia de nación (Sorensen 112). En *Facundo*, su objetivo era definir las fuerzas existentes en el terreno americano –centrándose principalmente en el caso de la República Argentina-, la imposición del campo sobre la ciudad, de la barbarie sobre la civilización, dando así explicaciones del retraso en el que América estaba sumergida y de su imposible –aunque necesario- progreso. De nuevo estamos ante la idea de que los teóricos de la independencia representaban en esta etapa aquella parte de la “civilización” que habría de gobernar al pueblo.

Aquí, sin embargo, Sarmiento centra su estudio en el fracaso de América— señalando el estado de anarquía y constantes guerras en el que ésta se encontraba—y reconoce sus causas enumerando al menos dos factores principales: la herencia española nuevamente y la miscegenación con indígenas. Para comprobar esto, compara los resultados de la colonización española con los de la anglosajona: la diferencia entre ambos –que ya la percibía con relación a la lengua- se encontraría en los desiguales estadios de desarrollo económico en el que se ubicarían ambos países colonizadores. En *Conflicto y armonías*, la oposición binaria enunciada en el *Facundo* como civilización/barbarie es adaptada bajo la forma Norte y Sur, señalando la carencia de la herencia racial en Sudamérica que impedía el establecimiento de una base cultural y étnica firme sobre la cual construir una conciencia nacional.

Para Sarmiento, la causa de que en nuestro territorio no se haya desarrollado un modelo como el estadounidense debería buscarse en la naturaleza del pueblo. Así es como

las preguntas ¿qué es América? y ¿qué significa ser americano? se constituyen—inclusive ya en el *Facundo*—como la base articuladora de su pensamiento que lo llevan en el texto a intentar una etnología americana—y tal es uno de los subtítulos del capítulo I—donde Sarmiento esboza una clasificación etnológica de las razas originarias e implantadas en América. Así señala la india, la negra y la mestiza, dejando para otro apartado la referencia a la raza blanca, en un signo de determinación del lugar desde el cual el intelectual se posiciona ante la realidad de su propio territorio, señalando la distancia de su lugar respecto del resto.

La mezcla, que en la etapa anteriormente abordada se enunciaba como lo “propio” de América con relación a la lengua, es aquí considerada negativa. Èsta ya no otorga ninguna originalidad sino que por el contrario es signo de lo negativo, de la síntesis de lo peor de cada raza dentro del individuo mestizo. Esto demuestra nuevamente la necesidad de leer el discurso sarmientino a la luz de los acontecimientos de su época. Si en sus polémicas acerca de la lengua su intención era posicionarse ante el circuito intelectual imperante, ahora escribe en un momento en el que las bases de la literatura nacional intentan consolidarse en un territorio que ya ha comenzado a percibir los efectos de la inmigración. En este momento el “Otro,” personificado por la mezcla racial entre el indio y el español, sería la imagen contra la cual construir el perfil nacional, a través de la que se produciría lo que Ingenieros afirma como “la regeneración de la raza argentina, por la sustitución progresiva de nuevos elementos al mestizaje hispano-indígena” (38). Y así como la lengua “mejoraría” con la introducción de elementos lingüísticos de otras lenguas, la “raza argentina” evolucionaría con la incorporación de la sangre caucásica en la población.

La mezcla de razas presentes en la región también es enunciada aquí como marca de la imposibilidad de nombrarse a sí mismo bajo una identidad determinada. Es por eso que argumenta de manera retórica:

Es acaso esta la vez primera que vamos a preguntarnos quiénes éramos cuando *nos llamaron* americanos, y quiénes somos cuando argentinos *nos llamamos*.

¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!

¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta.

¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados.

¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientto? (*Conflictos* 23; el subrayado es mío)

CÉFIRO JOURNAL

El *nosce te ipsum* por el que Sarmiento reclama se encuentra complejizado a partir de la cuestión lingüística, nuevamente. El ser americano debe definirse dentro de las coordenadas que establecen el “ser llamado” por otro y el “llamarse” a sí mismo, lo cual enfrenta dos percepciones diferentes que construirán dos imágenes de la población, diferentes también. Si a esto le sumamos que la enunciación del propio ser americano debe ser realizada a partir de la lengua impuesta por el colonizador a los sectores nativos, la idea se encuentra más complejizada aun. La “libertad espiritual” clamada por las letras americanas tras la libertad política (Carilla 165), se veía entorpecida bajo la idea de que la heterogeneidad de razas no conseguiría ningún logro evolutivo para el continente.

En este punto, los “conflictos y armonías” de la raza confluyen con los de la lengua en la medida en que desde la mirada sarmientina que se instaura en la mencionada “paradoja romántica”, América debe definir su identidad rechazando la mezcla de razas y la dependencia lingüística, que se erigen como valores simbólicos y son “condición de posibilidad de un Estado-nación” (Sarlo 270). De este modo la independencia respecto del imperio necesita solidificarse, rechazando tanto la herencia colonial como la prehispánica en ambos ámbitos. Como afirma Sarlo, “la Argentina” –y América por extensión- “iba a ser inventada” (270), construida bajo un imaginario que sienta sus bases en el hecho literario, ya desde el momento en el que la mirada del conquistador describe en sus crónicas algo nombrado por primera vez en su lengua, ya desde la mirada del intelectual americano en el período de independencia que pretende, para legitimar su lugar, borrar cualquier vínculo o herencia anterior y constituir “lo propio” de América. Sin embargo, la idea de nacionalidad, de identidad, se encuentra “siempre amenazada o incompleta” (Sarlo 275). Las bases para su construcción a lo largo de la historia se quiebran: la lengua presenta cambios, las razas se mezclan, se entrecruzan los códigos culturales, los mitos se reformulan, y la identidad de Latinoamérica, oscilante entre todo esto, debe reformularse también.³

Notas

¹ Para un recorrido más amplio de la cuestión, véase Carilla, Emilio. “La lengua de los románticos”. *El romanticismo en la América hispánica*.

² Al respecto Sarlo también cita luego a Juan María Gutiérrez, otro de los protagonistas del campo intelectual del siglo XIX, cuando éste dice: “Nula pues la ciencia y la literatura españolas, debemos divorciarnos completamente con ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aun ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero este debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos un constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquellos se produzca de bueno, interesante y bello” (283).

³ Para una visión actual acerca del ser argentino, la identidad, y el lugar del intelectual, ver Sarlo “Ser argentino: Ya nada será igual”. Allí también se establece que las coordenadas sobre la que se construyó la identidad argentina han sido desestabilizadas a lo largo de toda la historia nacional y de sus discursos excluyentes.

Obras citadas

- Bello, Andrés. *Obra literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- . *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Tenerife: Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello. Cabildo Insular de Tenerife, 1981.
- . *El Romanticismo en la América Hispánica*. Madrid: Gredos, 1967.
- Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Venezuela: Ayacucho. 1978.
- Ingenieros, José. “Prólogo” a *Conflictos y Armonías de las razas en América*. Buenos Aires: La cultura argentina, 1915.
- Martín-Barbero, Jesús (coord.). *Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Ministerio de Cultura. Colombia, 2001.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. USA: Ediciones del Norte, 1984.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Sarlo-Altamirano. *Ensayos argentinos. De sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina/Ariel, 1997.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América. Obras Completas*. Tomo 36. Buenos Aires: Universidad Nacional de la matanza, 2001.
- . *Polémicas literarias*. Mendoza: Ediciones culturales de Mendoza, Subsecretaria de Cultura, 2001.
- Sorensen, Diana. *Facundo and the construction of Argentine culture*. Austin: U of Texas P, 1996.